

riamente á todas sus objeciones (1). Balmes lo aniquiló en el terreno histórico, demostrando, contra el doctrinarismo de M. Guizot, que todos los grandes caracteres de nuestra civilización deben atribuirse directamente al Catolicismo, ya en su germen, ántes del protestantismo, ya en su desarrollo, por la acción continua de la Iglesia, después y á pesar del protestantismo, el cual no ha hecho más que desnaturalizar esta grande obra y trasformarla en lo que estamos viendo (2). Augusto Nicolás le ha dado el golpe de gracia en el terreno social, demostrando claramente que es el patrocinador de todas las malas causas, que se ha encontrado su espíritu en el fondo de todas las herejías, que todas están como él, impregnadas de panteísmo, y, por último, que lleva inevitablemente al socialismo (3).

Para que el triunfo sea más glorioso, ha habido muchos que han combatido al protestantismo con armas tomadas en sus parques. Los protestantes, deslumbrados muchas veces por el brillo de la verdad católica, no han podido ménos de rendirle tributo con frecuencia, y sin quererlo se han hecho sus apologistas contra sí mismos. No se han descuidado los teólogos católicos en hacerlo notar oportu-

(1) Bossuet, *Historia de las variaciones de las iglesias protestantes. Advertencias á los protestantes. Exposición de la doctrina de la Iglesia católica en los puntos de controversia.*—Masillon, en el *Elogio del Delfín*, llamó á Bossuet «hombre de un ingenio vasto y feliz, de un candor que caracteriza siempre á las almas grandes y á los talentos de primer orden; el ornamento del Episcopado y con quien el Clero de Francia se honrará en todos los siglos; un Obispo en medio de la corte; el hombre de todos los talentos y de todas las ciencias; el doctor de todas las Iglesias; el terror de todas las sectas; el Padre del siglo XVII, y á quien no faltó sino haber nacido en los primeros siglos, para haber sido la luz de los Concilios, etc.»

(2) Balmes, *El protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*; obra maestra que mereció ser traducida en casi todas las lenguas de Europa.

(3) Aug. Nicolás, *Del protestantismo y de todas las herejías en su relación con el socialismo.*

namente y en reunir esos testimonios que arrancaba á sus enemigos la misma fuerza de la verdad. Siempre la confesión del adversario se ha tenido por el argumento del mayor peso contra él. *A confesion de parte, absolucion de prueba* (1). «Al considerar por una parte los altos pensamientos de tantos géneos ilustres, dice Leibnitz, y por otra los lamentables errores en que los mismos han caído, he admirado muchas veces en mí mismo la providencia de Dios, que de tal modo los hace contrarios el uno al otro, que un lector juicioso puede sacar de sus escritos y formar un cuerpo verdaderamente admirable de excelentes enseñanzas, si fija principalmente la atención sobre aquellos pasajes de sus obras en que los autores están de acuerdo con la tradición de la Iglesia católica» (2).

CAPITULO V.

El filosofismo.

«Si no estuviera bien convencido de mi religión católica por razones directas, decía un ilustre sábio, me convencería por la ignorancia y la mala fe de sus enemigos, por el encono con que la combaten y por la conjuración que for-

(1) Tales son las obras *La apología de la Iglesia romana por los protestantes*, por Anderton.—*Apología de la religión católica, sacada de los autores protestantes modernos*, por Esslinger.—*La fe y la doctrina de la Iglesia católica probadas por el testimonio de los más sábios protestantes*, con un prefacio del Dr. Lingard.—*La reforma contra la reforma ó la vuelta á la unidad católica por el camino del protestantismo*, por Honninghaus, con una introducción de M. Andin.—Honninghaus, protestante, consultó los teólogos, los filósofos, los historiadores, los moralistas y hasta los poetas, y de todos los escritores disidentes, antiguos y modernos, formó una especie de coro en que todas las voces cantan acordes un himno á la gloria del Catolicismo en su fe, en sus dogmas, en su liturgia, en su disciplina, en sus Padres, en sus Doctores, en sus Pontífices y en sus Ordenes religiosas, etc.

(2) Leibnitz, *Pensamientos sobre la religión.*

man contra ella todos los hombres malvados y corrompidos.»

El filosofismo no es otra cosa que el protestantismo sin la Biblia, pues uno y otro con ó sin la Biblia, hacen á cada uno juez de lo que es verdad, de lo que es justicia, de lo que es derecho y de lo que es deber. No reconocen ninguna autoridad que no esté subordinada á su razon, y no admiten ninguna verdad sin llamarla á su tribunal. Pero el filosofismo sacó las últimas consecuencias del protestantismo y enarboló francamente la bandera de la incredulidad y del ateismo declarando la guerra á toda religion.

Al combatir al filosofismo, no atacamos á la verdadera y sana filosofia, que es la fiel aliada de la fe, sino aquel sistema funesto de hombres impíos que, cubriéndose con el manto de filósofos, niegan las verdades mejor demostradas, enseñando los principios más subversivos, y quisieran borrar de la tierra hasta el nombre de Dios.

Examinaremos el objeto y resultados de la filosofia del siglo XVIII, y sus luchas contra la Iglesia, que solo sirvieron para demostrar más claramente la verdad de ésta y de las promesas divinas que la sostienen.

§ I.—*Objeto y resultados de la filosofia del siglo XVIII* (1).

Luchar sin tregua contra muchos enemigos, hé aquí la tarea de la religion cristiana. Desde su origen coaligáronse entre sí contra ella los poderosos del mundo para sofocarla en su cuna. Por espacio de tres siglos avanzó á través de las más sangrientas persecuciones, y salió victoriosa de la multitud de herejías que sucesivamente fueron atacando sus verdades fundamentales.

En aquella sazón los filósofos que hasta entónces habían, al parecer, ignorado ó despreciado esta nueva religion, evidenciando los resultados que había obtenido en todos los

(1) Extractamos este artículo del discurso que con el mismo título se halla en la *Historia Eclesiástica* de Henrion, tomo VIII, pág. 507. Edicion de Barcelona, 1855.

países, y sintiéndose humillados por la sublimidad de la moral que evidenciaba la vaciedad de sus teorías filosóficas, y por las virtudes de los cristianos que tanto contrastaban con sus propios vicios, reunieron todo su saber, su elocuencia y su destreza para combatirla y destruirla por completo. Pero vanos fueron sus desesperados esfuerzos: la religion triunfó de estos nuevos adversarios, y ni aún noticia hubiera quedado de sus obras si los apologistas católicos no las hubiesen mencionado. Despues de esta distinguida victoria contra la filosofia, la religion cristiana, durante una larga série de siglos, solo debió sostener luchas particulares que el cisma y la herejía le suscitaron.

El siglo XVIII presenció en el seno mismo de la cristiandad la conjuracion más vasta y universal que hasta entónces había existido contra la religion. Los filósofos modernos concibieron el proyecto de atacar á la Iglesia y destruirla hasta en sus cimientos. El jefe de esta conjuracion impía, Voltaire, fué un hombre famoso por su talento, no ménos que por sus vicios, y, sobre todo, por el rabioso encono que había jurado á la religion, y por la guerra que la declaró desde su juventud, y que sostuvo á pesar de sus escasos resultados, hasta la más impotente decrepitud. En breve reunió bajo sus banderas á muchos literatos que sin méritos sólidos aspiraban á la celebridad, á muchos cortesanos y mujeres frívolas, y sobre todo á muchos libertinos, que habían abandonado la religion por la inmoralidad de su corazon y la desenfrenada licencia de sus costumbres.

Comprendiendo que no podían atacar la moral sublime del Evangelio, aunaron todos sus esfuerzos contra sus dogmas y misterios, suponiéndolos en contradiccion con la razon, empleando principalmente para desprestigiarlos el sofisma y el ridículo. Al principio se vieron obligados á ocultar su marcha; pero alentados con la acogida que recibieron y con la tolerancia del Gobierno, no tardaron en presentarse al descubierto. Viéronse suceder rápidamente una multitud de obras llenas de la mayor impiedad, en las cuales los atributos de la divinidad, y los misterios más augustos eran objeto de las más horribles blasfemias y de los

sarcasmos más osados. Los que no hayan leído sus obras no podrán figurarse el frenesí y el furor con que prodigaban á la religion las imputaciones odiosas de fanatismo, de supersticion, de estupidez, de intolerancia, de crueldad y de barbárie, miéntras por el estilo de sus escritos se denunciaban á sí propios como verdaderamente culpables de todos estos excesos. Al ver este inconcebible delirio de un puñado de hombres contra la divinidad, suscitase en la imaginacion el recuerdo de aquellos habitantes del Nilo, de quienes habla Diodoro de Sicilia, que molestados por los rayos del sol, y no acertando á librarse de ellos, le insultaban con gritos y exclamaciones impotentes. Faltos absolutamente de freno, publicaron obras, que serán siempre el oprobio de la época que las vió salir á luz, atacando todas las religiones, negando todos los deberes del hombre, santificando todos los desórdenes, llegando alguno á emitir este voto feroz: Quisiera que el último de los reyes fuese ahorcado con las tripas del último de los Sacerdotes.

Este ódio criminal contra la religion anduvo secundado por la mala fe de los filósofos que exageraban los abusos que alguna vez ha habido en la Iglesia, por la debilidad de los ministros, que al fin son hombres, confundiendo el abuso con la misma religion. Al mismo tiempo daban la preferencia sobre el cristianismo, sobre su culto, y sobre sus preceptos religiosos, á los absurdos del politeismo, á las imposturas groseras de la religion mahometana, y al culto supersticioso y fanático de los pueblos indios. Este ódio injusto de los filósofos no traía su origen de otra parte que de los deberes que la religion impone. Los dogmas de ésta humillan el orgullo, su moral reprime las pasiones, y estos supuestos sábios querían seguir libremente su orgullo y sus pasiones. Queriendo someterlo todo á su razon, tenían que detenerse á cada paso por los insondables misterios que la religion profesa; y lo que se veían precisados á confesar respecto de la naturaleza, que hay muchos hechos, cuyas causas son desconocidas, lo negaban refiriéndose á su autor, y por una inconsecuencia nécia, negaban la verdad de los misterios, solo porque no los comprendían.

Pareciéndose los filósofos á los gigantes de la fábula, en el delirio de su orgullo, se propusieron nada ménos que destronar á Dios mismo, quitarle la adoracion y el homenaje de los mortales. ¿Quién creyera que hubieran podido llegar á tal exceso de demencia, y que no se trataba de calumniarlos, si no se supiera que su jefe estaba realmente envidioso de Jesucristo, que se irritaba al pensar en su gloria, y que frecuentemente, con el acento de la desesperacion, solía decir: Este hombre estableció en tres años una religion que yo en vano hace medio siglo que trabajo por destruir. Esta envidia era más ó ménos comun á todos los escritores que tomaron parte en aquella guerra impia contra la religion. No hay duda que la idolatría de la propia razon es la que hizo á los filósofos enemigos de los dogmas y de los misterios de la religion cristiana, así como la idolatría del corazon les hizo desertar de su moral.

La moral tan pura del Evangelio, pero á la vez tan severa, no podía ménos de indignar á unos hombres enamorados de sí propios, que nada querían rehusar á sus sentidos; que consideraban toda privacion voluntaria de los bienes, ofrecidos á su goce, como una locura ó una estupidez. Aun aquellos filósofos que estaban ménos dominados por los sentidos, la encontraban demasiado incómoda; pues no solo prescribe la adoracion y amor debidos al Sér Supremo, sino que además ordena un culto externo, tan necesario al hombre, y tan indispensable como el mismo culto interno.

Sin embargo, muchos filósofos admitían un culto interno, cuya naturaleza y extension arreglaba cada cual á su placer. Exceptuando algunos insensatos que, en el acceso de su delirante impiedad, llegaban á negar la existencia de Dios, la mayoría de ellos hacía profesion pública de lo que llamaban religion natural, la cual hacían consistir en la adoracion interna del autor de la naturaleza sin ninguna especie de culto exterior, y toda su moral se reducía á esta máxima: «A nadie hagas lo que no quieras te hagan á tí mismo.» Pero, ¡qué léjos estaban de cumplir con los escasos deberes que esta religion les imponía!

Pero sea cual fuere la moral de los filósofos, reiterados

hechos demuestran cuán distante estaba su conducta de conformarse con la máxima que les servía de base. Sabido es que no era por cierto el desinterés, la virtud dominante de su jefe, y nadie ignora los medios poco decorosos y delicados con que Voltaire aumentó considerablemente su fortuna. Dificil sería creer hasta qué extremo llegaba su envidia á toda clase de reputaciones, si sus escritos no lo acreditaran. La historia de sus desavenencias con Maupertuis y La-Baumelle es una obra, cuyas palabras, léjos de ser dignas de la academia, parecen tomadas de las verduleras.

Mas sobre todo, por su intolerancia religiosa, ¡quién lo creyera! es por lo que estos hombres demostraron la mayor contradicción entre su conducta y sus principios. Todos sus escritos están llenos de las más bellas máximas sobre la libertad de pensar y de escribir, y sobre la tolerancia de todas las opiniones y de todos los cultos. Pero la experiencia nos ha dado á conocer lo que debía creerse de aquellos principios de tolerancia y de aquel espíritu de moderación que afectaban en todas sus obras, pues cuando llegaron á ser gobierno, y pudieron hacerlo impunemente, se convirtieron en los hombres más intolerantes.

Llevados del ciego encono que los animaba, no solo contra aquellos de quienes tenían que quejarse, sino áun contra todos los que conservaban algun afecto á la religion de sus padres, no repararon en excesos. Aquellas primeras escenas escandalosas que deshonraron los Templos de Francia, aquellos insultos tan bárbaros como indecentes hechos al pié de los altares á mujeres cristianas, ellos son los que los provocaron. La cruel persecucion suscitada en toda Francia, durante la revolucion, contra la religion y sus ministros, los atentados sacrílegos de todo género, la espantosa época del terror, los torrentes de sangre que inundaron todo el imperio, los millares de cadáveres arrojados al rio por mano de los verdugos, todas aquellas ejecuciones atroces, aquel lujo de crueldad en los suplicios, aquellos atentados nunca oidos en la historia de los pueblos, todo eso, ¿no era por ventura obra suya? ¿No fueron autores

inmediatos de estos crímenes por sus consejos, ó sus causas remotas por la influencia de sus escritos? Y, ¿estos son los hombres que criticaban de fanatismo á la religion, que la acusaban de quitar á la razon su libertad y de hacer violencia al espíritu en sus opiniones religiosas! ¿Qué secta hubo en ningun tiempo más fanática que la que puso las armas en manos de unos malvados, y levantó hogueras y cadalsos, no para obligar á los hombres á dar á Dios el culto que le place prescribirles, sino para obligarlos con el terror á renegar de todas las religiones y cultos?

Hemos visto el uso que hicieron de su poder, faltaba que nos hicieran ver su experiencia y capacidad en materia de legislacion y gobierno; pues en esta parte pretendían sobrepujar á cuantos sábios legisladores y grandes políticos ha producido la antigüedad. Jamás se los presentó mejor ocasion de justificar tan orgullosas pretensiones. Los hombres que dominaron en las asambleas legislativas eran casi todos discípulos ó partidarios suyos. Citábanlos como oráculos, y con arreglo á sus máximas redactaron las leyes, y sobre las ruinas de todos los principios religiosos levantaron el edificio de su legislacion. No es este el lugar de discutir las diversas Constituciones que hemos visto sucederse con tanta rapidez, y que como obra de la precipitación ó de la violencia, han caido en olvido casi al nacer, no pudiendo por lo efímero de su existencia lisonjear el orgullo de los titulados sábios que las dirigieron. Parece que la Providencia divina no permitió que ejercieran tanto influjo sobre esas legislaciones proclamadas con tanto énfasis como instrumentos de felicidad pública, más que para convencer á todo el universo, al que esos hombres orgullosos habían tenido engañado por tanto tiempo, de toda su nulidad é incapacidad en la ciencia que creían poseer exclusivamente. Con arreglo á sus obras pudieron ser juzgados.

Sin embargo, al pensar en los esfuerzos que esa tan audaz secta está haciendo de un siglo á esta parte para sostener la conjuración impía fraguada contra la religion, no podemos ménos de convenir en que el veneno de su doc-

trina ha infestado muchas almas, que los filósofos han hecho cómplices de su funesto extravío. Pero, ¿qué es lo que á la religion han quitado de sus misterios y de su moral? ¿Cuál es el dogma cuya creencia hayan destruido? ¿De qué promesa de las hechas á la Iglesia ha quebrantado la certeza? Gracias sin fin hay que dar á Dios, que acredita de día en día la infalibilidad de sus oráculos. Las puertas del infierno no prevalecieron contra la Iglesia, y todos los ataques y maquinaciones de los filósofos solo sirvieron para ilustrar las verdades de la fe, confirmarlas con la ciencia y darlas mayor solidez.

Por último, debemos hacer notar el hecho repetido de los solemnes testimonios que han dado los filósofos contra sí mismos. Aquellos hombres que se jactaban de despreciar igualmente las promesas que las amenazas mientras consideran aún distante el término de su vida, cuando una enfermedad grave su hora postrera, desmienten aquella temeridad que les hacia provocar los rayos de la justicia divina. En aquellos instantes, que siempre habían considerado como un sueño que insensiblemente los hacia volver á la nada, sufren los más acerbos dolores, que los conducen á la desesperacion, ó los más vivos temores, que los convierten al seno de la religion. En la hora de la muerte, sea con su desesperacion ó con su arrepentimiento, rinden testimonio á la verdad que han combatido durante toda su vida. ¿Quién ignora el terrible ejemplo que dió Voltaire en la hora de su muerte? El desdichado espiró en medio de los más atroces remordimientos, devorando sus propias inmundicias, y exclamando lleno de furor y desesperacion: «*Estoy abandonado de Dios y de los hombres.*» Espectáculo terrible, segun su médico, que hubiera desengañado á cuantos se han dejado seducir por sus escritos si hubieran estado presentes. Lametrie, Boulanvilliers, Dumarsais, el marqués de Argens, Maupertuis, Toussaint, Boulanger y otros muchos de los corifeos de la incredulidad, se convirtieron en su última hora. Diderot quiso hacerlo y se lo impidió D'Alembert, el cual, á su vez, quiso hacerlo tambien, cuando llegó su hora, y se lo impidieron sus amigos.

Si sostienen tan mal en su hora postrera esa pretendida fuerza de espíritu de que tanto se jactan los campeones de la incredulidad, ¿qué deberá suceder con la oscura turba de sus prosélitos, que no están interesados como ellos en sostener hasta el extremo el tono de seguridad é intrepidez que tanto afectaban durante su vida? Al aproximarse la muerte se abren los ojos del alma, resuenan terribles los gritos de la conciencia, y la idea de la eternidad cercana los sumerge en la desesperacion.

¡Infelices víctimas del error! Hé aquí los recursos que os ha dejado esa pretendida filosofía que os arrulló con tan seductoras promesas. ¡Pluguiese á Dios que todos aquellos que se han dejado seducir por ella no aguardasen á tan terrible momento para arrepentirse y pensar en el terrible porvenir cuando ya sea tardío su arrepentimiento é infructuosos sus remordimientos! ¡Ojalá acudan presurosos á beber en el seno de la religion esa esperanza consoladora que experimenta un alma fiel, que solo ve en la muerte un sueño tranquilo, que la hace dormir con la dulce confianza de una felicidad eterna!

§ II.—*Males del filosofismo.*

De la exposicion que acabamos de hacer de las doctrinas y tendencias del filosofismo, se puede comprender la multitud de males que acarrea y la gravedad de los peligros á que expone á la sociedad.

Afortunadamente, los mismos filósofos se encargaron de descubrirlos, si ya no los hubiera puesto de manifiesto el instinto de honradez que hay en el fondo de todos los corazones y el mismo sentido comun que rechaza sus perniciosas doctrinas. «Los filósofos, dice Rousseau, destrozando y pisoteando todo cuanto los hombres respetan, quitan á los afligidos el último consuelo de su miseria, á los poderosos y á los ricos el único freno de sus pasiones; arrancan del fondo del corazon los remordimientos del crimen y la esperanza de la virtud, y se vanaglorian todavía de ser los

bienhechores del género humano» (1). Otro decía que el no conocer á Dios era para los Estados un mal más terrible que la peste, y que hacer la guerra á la religion era lo mismo que pretender trastornar todos los fundamentos de la sociedad humana.

La religion es la que formó las sociedades, luego la incredulidad tiende á destruirlas. Los primeros legisladores cimentaron sus leyes sobre la religion, sabiendo que no podían tener otro apoyo todas las instituciones sociales para ser sólidas y durables. Si fuese destruido este primitivo vínculo de la sociedad, sería un absurdo el creer que subsistirían siempre sus efectos. Pero el filosofismo las hiere por su base, y no puede sustituir á ellas ningun motivo capaz de contener al hombre en el cumplimiento de sus deberes.

Léjos de eso, da rienda suelta á todas las pasiones y precipita al hombre en todos los excesos del sensualismo, quitándole la creencia en otra vida y presentándole la nada como su último fin. Por consiguiente, es natural que se abandone á procurarse en esta vida todos los goces posibles sin reparar en medios, y que considere á la virtud como enemiga, porque la prohíbe entregarse á la satisfacción de sus apetitos. «Si se considera á los ateos en la disposición de su corazón, dice el mismo Bayle, se halla que, no estando detenidos por el temor de ningun castigo divino, ni animados por la esperanza de bendición alguna del Cielo, necesariamente deben abandonarse á todas sus pasiones» (2).

Solo en la religion, confiesa la *Enciclopedia*, es posible hallar exacta justicia, probidad constante, una perfecta sinceridad, aplicacion útil, desinterés generoso, amistad fiel, una inclinacion benéfica, comercio ó trato agradecido, en una palabra, todas las delicias y placeres de la sociedad» (3). «Yo no entiendo, añade Rosseau, cómo puede

(1) *Emilio*, tom. III, pág. 19.

(2) *Pensamientos sobre el cometa*.

(3) *Artic. Presbité*.

una persona ser virtuosa sin religion: es cierto que por largo tiempo estuve en ese falso entender y opinion engañosa, pero me he desengañado» (1). Luego el filosofismo, que tiende á destruir la religion, tiende al mismo tiempo á destruir la sociedad.

Una triste experiencia confirma lo que acabamos de decir. Nadie ignora los espantosos trastornos de la revolucion francesa y los increíbles horrores á que dió lugar. Todos los escritores convienen en que aquella revolucion y sus consecuencias deben atribuirse á la influencia fatal del filosofismo. Es ciertísima la dolorosa exclamacion de Lus XVI, preso en el Temple, al contemplar los retratos de Voltaire y Rousseau, que allí estaban: *Esos dos hombres han perdido á Francia*.. El filosofismo, sobrecitando las pasiones populares y falseando todas las ideas, preparó todas las revoluciones que han afligido y turbado á la Europa en el espacio de un siglo. Ellos han hecho derramar la sangre á torrentes. Sus obras sostienen siempre viva la fermentacion de los ánimos y su propension á la rebeldía, por lo cual confesaba con mucha verdad Napoleon Bonaparte: «Yo no me considero con bastante fuerza para gobernar á gentes que lean á Rousseau y á Voltaire.»

El filosofismo era y es el alma de las sociedades secretas, cuyo objeto es poner en práctica sus principios, destruyendo ó debilitando la religion y fomentando en los Estados las turbulencias y la anarquía. Cuando se pudo conocer los hombres que componían las *lógicas*, se vió con la más viva alarma que las formaban los filósofos antieristianos, juntamente con los hombres más impíos y los demagogos de la época. En lo sucesivo han pertenecido siempre á estas sociedades y pertenecen hoy dia los *libres pensadores*, los libertinos, los hombres sin religion, los enemigos de toda autoridad, que proclaman los *derechos* del hombre sin acordarse para nada de sus deberes.

El filosofismo es el padre legítimo del moderno *liberalismo* con sus atrevidas doctrinas y sus funestas consecuen-

(1) *Carta sobre los espectáculos*.

cias. Como la impiedad es progresiva, el liberalismo ha erigido en sistema las teorías filosóficas; disfrazándolas con una forma halagüeña, predica las mismas libertades que aquéllos proclamaron, y quiere tenazmente reducirlas á la práctica, no para todos, sino en cuanto conviene á sus intereses, desmintiendo con los hechos su nombre. Pero en esta inconsecuencia no hace más que imitar fielmente á sus antepasados.

No son ménos desoladores los efectos que produce el filosofismo sobre el individuo que tiene la desgracia de abrazar sus doctrinas. Bien pronto se sofocan en su corazón los sentimientos generosos, llenándolo por completo el más grosero egoísmo. Si reflexiona atentamente, debe sentirse envilecido y degradado, poniendo todas sus aspiraciones en los bienes de la tierra, y ni áun éstos puede conseguir. Su vacía filosofía le señala el mismo origen y el mismo destino que á los brutos, le propone los mismos objetos á sus deseos, y los encierra en los mismos límites. ¿Puede haber mayor infelicidad para un ente racional, que se siente capaz de ambicionar un infinito?

Su alma está continuamente sumergida en la más angustiosa duda, sin poder explicarse satisfactoriamente nada de lo que pasa en el mundo, y devorando los mayores absurdos por no someterse á las explicaciones de la revelación. Y, ¿después de esto pretende el dictado de *espíritus fuertes*! ¿Cuán oportunamente exclama La-Bruyere: Los espíritus fuertes no saben que se les llama así por ironía! ¿Qué debilidad mayor que estar incierto de cuál es el principio de su ser, de su vida, de sus sentidos, y cuál debe ser su fin? (1)

Por un orgullo inconcebible se ve precisado á ponerse en contradicción con la generalidad de los hombres que no piensan como él. Y, ¿es posible que pueda vivir tranquilo el que tiene contra sí á todos los hombres en el pasado, y á la inmensa mayoría de sus contemporáneos? ¿Todos los hombres, ménos él, son unos estúpidos? ¿Hasta él ha estado

(1) La-Bruyere, *Carácterés*.

siempre oculta la verdad? Por consiguiente, el libre pensador, ó está ciego por la soberbia, ó debe vivir sumamente intranquilo, si tiene sentido comun.

Por último, si es desgraciado, como no puede ménos profesando estas ideas, ¿qué consuelos pedirá á su cruel filosofía? ¿Qué resignacion puede ofrecer esta fatal filosofía al enfermo postrado en el lecho del dolor; al débil, víctima de las injusticias y de las vejaciones del poderoso; al infeliz, infamado por la calumnia; á todo hombre, en fin, lacerado en sus más queridas afecciones por los dolores y las miserias de la vida? ¿Lanzarle á la desesperacion y hacerle buscar su remedio en el suicidio?

Y, ¿qué dirá, sobre todo, al pobre trabajador, condenado á ganar un pan negro con el sudor de su rostro, cuando no tiene trabajo, y aunque lo tenga no le produce lo suficiente para atender á las perentorias necesidades de su familia, mientras otros nadan en la opulencia? Le dirá que la *propiedad es un robo*, llenará su corazón de veneno, y hará que se lance con el más ciego furor á todos los excesos del comunismo.

El filosofismo no tiene consuelos para el desgraciado, ni lágrimas, ni esperanzas; no tiene más que hiel para hacer cada vez mayor su infelicidad.

§ III.—Triunfo de la Iglesia sobre el filosofismo.

Cuanto más obstinados y rabiosos fueron los ataques del filosofismo, tanto más glorioso y señalado fué el triunfo que reportó la Iglesia. Una vez más se ha visto palpablemente el cumplimiento de las promesas divinas. Los filósofos desaparecieron, y no queda vestigio de sus personas ni de sus proyectos; sus impíos sistemas cayeron en el desprestigio, y hoy son despreciados como absurdos, mientras que la Iglesia católica, á quien ellos se lisonjaban de aniquilar, permanece cada vez más robusta y majestuosa.

Hagan lo que quieran los impíos, la religion es como un bien templado muelle, que cuanto más comprimido esté por algun tiempo, se dilata después con mayor brío y pu-